

VIII Premio microrrelatos
manuel j. Peláez



SELECCIÓN DE TEXTOS

VIII PREMIO DE MICRORRELATOS

«MANUEL J. PELÁEZ» 2020

Selección de textos

Edita y organiza:

Colectivo Manuel J. Peláez

www.colectivomanueljpelaez.org

Imprime:

Imprenta Rayego

Primera edición, verano de 2020

© Textos: autores antologados

© Imagen de portada: Carmen Álvarez

Depósito Legal: BA-000319-2020

Impreso en España

PRESENTACIÓN

El año 2020 pasará a la historia como el de la pandemia de la covid-19, una calamidad con forma de coronavirus que impactó en la salud pública, en la economía y en las costumbres de todo el mundo. En España, como en otros muchos países, sufrimos un largo confinamiento. El alejamiento de amistades y familiares se unió al temor de contraer la enfermedad, a los problemas laborales y al ocio forzado en unas semanas en las que, si acaso, solo hubo algo positivo: el incremento del consumo cultural.

Sin más obligaciones que las domésticas, muchas personas ocupamos con el cine y con la lectura tanto tiempo libre. Y la cultura demostró, una vez más, que es, sobre todo, una forma creativa de vivir.

Una de las consecuencias del confinamiento fue el cambio en la fecha del acto de entrega del Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez», que organizado por el Colectivo del mismo nombre se celebra cada año en Zafra a mediados de junio. Debido a la prudencia y a las restricciones para la celebración de actos públicos, este encuentro cultural fue aplazado y, por primera vez, no se realiza a finales de la primavera.

Recordábamos el año pasado que el Colectivo «Manuel J. Peláez» se creó en 2010 como homenaje a un amigo que se nos murió, un hombre bueno que dejó una huella profunda en todas las personas que lo conocimos: Manolo Peláez (1952-2008), profesor de historia del Instituto de Educación Secundaria «Suárez de Figueroa» de Zafra, historiador, presidente de la Asociación de Amigos del Museo y del Patrimonio,

y primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Zafra. Pero, decíamos que —además de haberse creado como tributo a una persona— el Colectivo es también muestra de la vitalidad de la España rural: una pequeña asociación cultural independiente y sin ánimo de lucro que, con más de un centenar de socios y socias, organiza o apoya actividades socialmente comprometidas, innovadoras y de calidad, favorece dinámicas de participación ciudadana, propicia el intercambio entre organizaciones y grupos sociales, hace cultura y trabaja en red. Pretende, en suma, fortalecer la sociedad civil desde la comarca de Zafra-Río Bodión y Extremadura, a partir de valores como la democracia, la libertad, la convivencia, la solidaridad, la paz y la igualdad. Valores que, junto a la cultura, deben seguir siendo primordiales —con confinamiento o sin él— en nuestra sociedad.

Entre las actividades que el Colectivo organiza, una de las más relevantes es el Premio de Microrrelatos «Manuel J. Peláez», ya con ocho ediciones. Cada año la entrega del premio se realiza el 16 de junio, fecha del aniversario de la muerte de Manuel J. Peláez, o la mañana del domingo más cercano a esa fecha. Es un importante acontecimiento cultural en Zafra, con asistencia de numerosas personas, a quienes se les entrega un ejemplar del librito con los microrrelatos seleccionados en la edición, que al final del acto tienen la oportunidad de departir con el ganador y algunos de los finalistas.

El premio se ha otorgado hasta ahora a «Última duda», de Isabel Urueña Cuadrado, en 2013; «Reco-

nocimiento», de Ángel Pontones Moreno, en 2014; «El timo», de Diego Rinoski, en 2015; «Indigestión», de Eva Limendoux, en 2016; «Rugido» de Francisco Germán Vayón Ramírez, en 2017; «Agujeros negros», de Alberto Rodríguez Guerrero, en 2018 y «Vencido», de Pilar Alejos Martínez, en 2019.

Concebido este certamen como una actividad de participación social comunitaria en torno a la cultura, también el propio proceso de selección de los microrrelatos se convierte en una oportunidad de participación y debate literario para el grupo de personas que forman parte del jurado. Un jurado presidido desde la primera edición por María del Carmen Rodríguez del Río, catedrática de Lengua y Literatura, y del que han sido vocales este año las lectoras y directivas de la asociación Eva Arenales de la Cruz y Carmen Canseco Lavado; el poeta y profesor Luciano Ferial Hurtado; la profesora Maribel Santana Herrera; la correctora de textos Teresa Peláez Santos, y Pilar Alejos Martínez, ganadora de la edición anterior, que se incorporó al jurado en la última fase de las deliberaciones. Como secretario, con voz pero sin voto, ejerce desde la primera edición el profesor José Carlos Martínez Yuste que, junto con Francisco José Najarro Lanchazo y José María Lama Hernández, se encargó también de la revisión de este libro para su edición.

Los numerosísimos microrrelatos que concurren al premio (2.256 en esta edición, la que más textos ha recibido) alargan durante varios meses el proceso de selección, que comienza con el reparto entre el jurado por tandas de los textos para descartar aquellos de

peor calidad. Los relatos presentados deben tener entre 9 y 186 palabras, como homenaje a dos de los microrrelatos más famosos de la historia de la literatura en castellano: las nueve palabras de «El Dinosaurio» de Augusto Monterroso y las 186 del capítulo 68 de *Rayuela* de Julio Cortázar.

Salvados, aproximadamente, unos cuatrocientos microrrelatos, una quinta parte del total, se procede a leerlos por parejas hasta dejar la selección en cien, que se leen de nuevo por tríos. Los finalistas son unos cincuenta textos que acabarán publicados en el libro que cada año se presenta en el acto de entrega del premio. De esa cincuentena de textos —42 en esta edición— se eligen los primeros finalistas y, entre ellos, el microrrelato ganador. Las últimas deliberaciones del jurado de esta octava edición fueron sobre los microrrelatos de Margarita del Brezo, César A. García Beceiro, Esther Gómez Babin, Aman L. Lordén, María de la O Martínez Morales, Juan de Molina, José Luis Rodríguez Munilla, María Rodríguez Pérez y Ana Vázquez Martínez. De ellos, el ganador final fue el texto «Sin palabras», de Margarita del Brezo, de Ceuta, que obtuvo los 1.200 euros del premio.

Este librito ofrece a lectores y lectoras los cuarenta y dos microrrelatos finalistas. Una vez más, agradecemos la participación de todos los escritores y las escritoras que han presentado sus relatos al certamen.

**Junta Directiva del Colectivo «Manuel J. Peláez»
(2020-2021)**

PRESIDENTE:

José Francisco Gras Muñoz

VICEPRESIDENTA:

Eva Arenales de la Cruz

SECRETARIA:

Carmen Canseco Lavado

TESORERA:

Isabel Belloso Bueso

VOCALES:

María Chilla Moreno González

Beatriz Blanco Macarro

**Jurado del VIII premio de microrrelatos
«Manuel J. Peláez» (2020)**

PRESIDENTA:

María del Carmen Rodríguez del Río

VOCALES:

Eva Arenales de la Cruz

Carmen Canseco Lavado

Luciano Feria Hurtado

Maribel Santana Herrera

Teresa Peláez Santos

Pilar Alejos Martínez

SECRETARIO:

José Carlos Martínez Yuste

MICRORRELATO GANADOR

Margarita del Brezo (Ceuta)

Margarita del Brezo es mi nombre sin apellidos.

Soy de Valladolid, de la añada del 66, aunque mi domicilio postal actual está en Ceuta. Psicóloga de profesión y por devoción. A ratos, cuentista. Siempre aprendiz. Tengo los pies fríos, la imaginación escurecida y un humor ambidiestro e inestable. A todas horas coqueta, en mis ratos libres me pinto las uñas con mermelada de fresa. Me gusta leer las líneas de la mano, estar en las nubes y hacer solitarios con las cartas que no escribí.

Hace poco publiqué un libro invisible, pero nadie lo lee. He pensado en cambiar de táctica, de tinta, de editorial o de sentido común, todavía no lo sé. Quizá algún día, si es que encuentro un párrafo adecuado en mi vida.

Mientras tanto intento «escribirsobrelapuntadelai.es», un pequeño blog donde publico los premios que gano y los que no. Está abierto de sol a sol, y los días de luna nueva. Te espero.

El microrrelato es un arte. Como pintar un cuadro, componer una canción, hacer una tortilla de patata o escuchar. No, no sirve cualquiera.

Tiene que ser intenso, arrollador, corto, impactante, sugerente, atrevido. Igual que el amor a primera vista. Porque o te enamoras en la primera línea o te arriesgas a que no haya una segunda y te quiebres las ganas contra el margen.

Que no te tiemble el pulso al escribirlo.

Tendrás que sajar las palabras, desenterrar sus raíces, ponerlas del revés, extraerles sufijos, prefijos y toda su descendencia, estrujarlas hasta conseguir que confiesen su cuarta acepción, cambiarles el género, el número, las letras... En suma, tendrás que sudar. Sudor y tinta.

Mímalo como si fueras a despertar el resto de tus días a su lado.

No olvides que todas las palabras cuentan.

Y cuando alguien lo lea, que le tiemblen las ideas y se pare su reloj. Que sienta un hormigueo de cigarras. Que imagine. Que se emocione. Que se enamore. Que tenga ganas de cantar, de salir huyendo, de sentarse del susto, de gritar de con-

tento, de saltar, de llamarte por tu nombre, de inventar algo viejo, de tener tres orejas para oírte mejor. De lo que sea, pero que sean ganas.

Con permiso de Calderón: *Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los microrrelatos, sueños son..*

SIN PALABRAS

Nuestras miradas se enredaron en el espejo de una cafetería en la que nos citó el azar. Yo acababa de llegar y ella estaba a punto de irse. Nos examinamos furtivamente, con tímida desvergüenza, durante unos instantes que fueron eternos y, antes de que ella saliese por la puerta, yo ya deseaba volverla a ver.

Desde entonces, a la misma hora, cuando llego la encuentro sentada en el lugar de siempre, impaciente por que yo ocupe el mío y comencemos a comernos con los ojos. No hay palabras, tan solo el deseo que se desliza sinuoso y lento como un caracol por la luna de azogue. Hasta que el hombre que la acompaña pide la cuenta, la ayuda a ponerse el abrigo y se marchan, ella con la cabeza gacha, como si contase uno a uno cada paso que nos separa. Yo los observo alejarse, hacerse pequeños agarrados de la mano. Solo cuando los pierdo de vista termino de un trago el café y le digo a mi marido que nos vayamos.

PRIMEROS FINALISTAS
(Por orden alfabético de apellidos)

César A. García Beceiro (Madrid)

Nacido en Madrid hace cuarenta y tantos años, pero gallego por sus ancestros. Psicólogo Clínico, psicoterapeuta y psicodramatista. Lo que se dice un gladiador de la psique. Amante del humor como terapia. Desgraciadamente, no he logrado curarme a mí mismo. Pero, al menos, estoy avisado de qué pie cojeo. Hipertenso. Asmático. Colesterol, ahí ahí. Eso sí, tengo pelazo. Estoy aquí de prestado ya. Fundador junto a otros locos del teatro de la Fundación Teatral La Semilla en los 90, que aún hoy día sigue uniendo Teatro y Solidaridad. Ganador del Certamen de Relato Breve «Dale un giro a tu vida» en 2018 y finalista en 2019. Finalista del IX Concurso de Relato Breve Dr. Pedro Zarco (2019). Semifinalista del premio literario «El circo de la vida en tiempo de cuento» (Argentina, 2019). Próximamente, verá la luz mi primer libro de relatos titulado «Si te huele el pelo a gasolina».

RUIDO

Me acuerdo de que en aquella casa militar de Ronda donde vivíamos, en medio del jardín, había un membrillo. Daba frutos duros como piedras, que yo arrojaba contra el muro. Cómo me impresionaba el sonido de su impacto. Buumbum-bum, cada día. Buumbum-bum, cada vez.

Con el tiempo fui logrando que el estruendo fuera aún mayor, dándoles a latas que sacaba de la basura, y a una lámina de chapa que encontré abandonada. El ruido era lo único que me calma-

ba. El estruendo que hacía acababa desquiciando a los vecinos, que armaban bulla quejándose a voz en grito.

Siempre acababa igual. Mi padre salía todavía con un cinturón en la mano y me cruzaba la cara. Voceaba cuatro insultos a los vecinos y, tambaleándose, se marchaba al bar, dejando allí tirado el cinto. Mi madre tardaba un poco en salir, avergonzada y agradecida. Me abrazaba fuerte contra su pecho. Ese era mi pago. La cara me ardía. Al fin, el silencio. Ya se habían calmado los gritos en la cocina. El cinturón de mi padre, en el suelo, también guardaba silencio para ella.

Esther Gómez Babin (Madrid)

Madrileña y madre de dos hijas. Licenciada en Traducción e Interpretación, aunque actualmente trabaja en una empresa de videojuegos. Escritora de vocación desde siempre, aunque dio el salto a publicar sus escritos desde hace bastante menos, tras formarse en diversos talleres y cursos de escritura. Apasionada de la literatura en general y los microrrelatos en particular, participa asiduamente en concursos literarios como Relatos en Cadena, Zenda y muchos otros, y sus obras han formado parte de diversas antologías. También publica asiduamente sus relatos en redes desde finales de 2018.

INFECCIÓN

Primero se nos cayó un pequeño silencio. No parecía tener mayor importancia, así que se quedó ahí, enganchado a la pata trasera del sofá. Solo se veía al barrer, un poco. Yo me apresuraba a volver a meterlo debajo del mueble, y tú hacías como que no lo habías visto. Con el tiempo, anidó y engendró una serie de pequeños malentendidos que correteaban, traviesos, por la casa. Apenas estorbaban, más allá de pasar silbando al lado de la oreja cuando nos pillaban despistados y pegarnos algún susto leve. No nos llegamos a dar cuenta de que por las noches se colaban por las orejas y, poco a poco, se acomodaban en nuestros cerebros. Hasta que un día decidí darle un aire

fresco al salón, ventilar, mover los muebles. Con horror, descubrí una gran colonia detrás de la estantería, en la que se gestaba una enorme camada de decepciones, peleas y desprecios. Intentamos buscar soluciones, pero solo encontramos desencuentros. De ellos se alimentaron, como basura para las ratas. Cuando quisimos darnos cuenta, la casa entera estaba infestada y enfermamos, sin remedio posible, de desamor.

Aman L. Lordén (Leganés, Madrid)

Nacida en las montañas del Teleno y criada entre *Cumbres Borrascosas* de asfalto. A veces, necesito volver al monte, como *Heidi*, para respirar. Mi mente, racional y robótica, empezó a tontear con la escritura tras caer, como *Alicia*, por un profundo agujero. Me convertí en amante de las letras, pero sin casarme con ninguna. Tuve y tengo escarceos con la poesía, el cuento, o el relato breve. Participo en concursos y publicaciones, y he sido finalista en algunos. Mi último amor, el microrrelato. Lo cultivo y mimo en espera de frutos, para poder vivir del cuento. Mientras tanto, unos okupas habitan mi cabeza, unos excéntricos personajes de novela. Pero eso ya es otra historia.

UN AÑO MÁS

Toda la familia reunida, de nuevo, para celebrar mi aniversario. Sentados alrededor de la mesa, aspiran el delicioso aroma que esparce por la casa el famoso asado de mamá. Sabiendo que es mi plato favorito, cada año lo prepara para homenajearme. Mis hermanos pequeños, cada vez más cambiados, se remueven inquietos, revoltosos como siempre, casi ignorándome. La abuela, doblemente triste, porque el abuelo, su otra mitad, se nos fue hace poco. Papá, escanciando el vino en las delicadas copas, se pierde en sus cárdenos pensamientos. Entonces, el tío Manuel bendice la mesa y todos rezan. Por mí, por mi regreso. Mientras, papá sigue absorto.

Al terminar la cena, frente a la tarta, acompañada por el abuelo, vuelvo a insistir en mi deseo de cada año: «Por favor, que caven en el jardín». Y soplo las velas.

María de la O Martínez Morales (Esquivias, Toledo)

Mariola Martínez, 41 años, nacida Leganés (Madrid). Diplomada en Relaciones Laborales, sin llegar a ejercer, llevo media vida trabajando en un hipermercado. A veces escribo, a veces sueño, a veces hago fotografías. Otras, simplemente intento hacer reír a mi entorno más cercano. La fantasía, el humor y lo absurdo son mis señas de identidad. Me gusta escribir para desconectar de la realidad y plasmar el engaño o la sorpresa, como en este microrrelato, que pasa de la dulzura, del júbilo y la búsqueda de los sueños a la más ruda de las realidades. Pero ¿no son igual de reales los sentimientos que nos provoca un momento de fantástica evasión?

JUBILOSA

Subió jubilosa a su habitación, impetuosa como un caballo desbocado, bailando al son de la música. Abrió todos los armarios, arrojando a carcajadas vestidos, blusas y complementos sobre la butaca. Siempre lo hacía cuando estaba sola. Le encantaba vestirse, ponerse trapitos, cambiarse el color del pelo... y saltar, saltar muy alto sobre la cama. Entonces cogía el micrófono y cantaba, emulando a sus artistas favoritas. Sin duda, algún día sería como una de ellas.

Cogió la bolsa del maquillaje y, frente al espejo, perfiló sus cejas, dio color a sus mejillas y pintó sus labios con ese carmín rosita que tanto le gus-

taba. Subida a sus zapatos de tacón, se dirigió a la ventana. ¡Qué alegría! Ahí estaba Paulita, su vecina. Asomó la cabeza y la saludó a voces, agitando su mano con avidez. Paulita la miró y, sin responder a su saludo, se bajó del columpio y se marchó. Aquella frialdad la confundió.

Sonreía ante el espejo, procurando que no le afectase la indiferencia de Paulita, cuando llamaron a la puerta. Quitó la música y se desvistió. Su mujer y sus hijas habían llegado.

Juan de Molina (Ubrique, Cádiz)

Ubrique, 1956. Titulado en Magisterio. Su obra se encuentra dispersa en más de 140 publicaciones entre libros y revistas. Ha obtenido numerosos galardones literarios de carácter nacional e internacional en prosa y verso, tales como el *Antonio Segado del Olmo* de narrativa, el *Ciudad de Arahal* de narrativa infantil, el *Francesc Candel* de reportaje periodístico, el *Cardenal Mendoza* de microrrelatos, el *Alhoja de oro* de poesía, el *Corazones de Tejina* de coplas, el *Rumayquiya* de cartas de amor o el premio *Ntra. Sra. de la Merced* de letras de villancicos.

LA ESCUELA DE LA VIDA

El maestro, de pie ante la pizarra, suelta la tiza y dice:

—Un texto se construye a base de párrafos. El párrafo se construye, a su vez, uniendo frases. La frase está compuesta de palabras. ¿De acuerdo? A ver, Patrocinio, construye una frase con la palabra luna.

—La luna del espejo está rota y roja.

El maestro hace una mueca y luego dice:

—Dinos ahora una frase con la palabra noche.

—El mármol de la mesita de noche está manchado de rojo.

El maestro, lleno de perplejidad, enarca las cejas y pide a la niña:

—Construye una más, por favor, esta vez con la palabra oscuridad.

—En la oscuridad no se aprecian los colores, pero, en cambio, los gritos se oyen con toda claridad.

El maestro pide a Patrocinio que se siente. Él se sienta, a su vez, y comienza a redactar una nota apresurada.

José Luis Rodríguez Munilla (Guadalajara)

Nace en Guadalajara en el 73. Se queda alelado viendo Mazinger Z en una televisión en blanco y negro. Su madre nunca le dice que tiene que leer, pero le transmite su amor a los libros. Se pasa las tardes en la biblioteca pública sin acordarse del examen del día siguiente. Estudia Psicología y trabaja de educador social con adolescentes, jóvenes y discapacitados. Más tarde se hará con un puesto de conserje, viendo así cumplida su verdadera vocación. Ya bien entrada la treintena, escribe un microrrelato y gana el concurso de aquella biblioteca donde pasaba las tardes. Se aficiona al género corto, gana varios premios, es finalista anual de Relatos en Cadena de la Ser y participa en alguna antología de microrrelatos. No ha dicho su última palabra.

PROCRASTINACIÓN

«Y acuérdate de lanzar mis cenizas desde la peña del Águila una mañana de viento —decía la carta cien veces leída y cien veces llorada— y de llevar a Groucho al veterinario cada tres meses, que luego, mi vida, tú pospones y pospones las cosas, y al final...»

Una mosca aterrizó en la hoja cuadriculada y paseó su cuerpo rollizo por el papel. «Esto es el perro», pensó él, «que huele mal y atrae a los bichos». Guardó la carta con cuidado, no se fuese a manchar, y decidió echarse una pequeña siesta antes de preparar la comida. Abrió la ventana de

la habitación y se acostó abrazado a su espalda,
bien apretados, como a ella le gustaba.

María Rodríguez Pérez (Nigrán, Pontevedra)

María Rodríguez nació en Vigo cuando Armstrong pisó la luna, y su curiosidad sobre el comportamiento humano la impulsó hacia la Psicología. Realizar prácticas en un centro de menores, su interés por los complejos mecanismos familiares y la adolescencia de sus propios hijos constituyen el germen de su primera novela publicada, *La importancia del pez cebra* (Editorial Elvira, 2019). De vez en cuando escribe narraciones breves en clave autobiográfica. Su relato «1972» ganó el IV Certamen Nacional de Relatos Vigo Histórico 2017 (Editorial Elvira); en 2018 obtuvo el primer premio del XIII Certamen de Relatos Breves de Santa Cruz de Tenerife con «Radio Vigo»; y en 2019 su cuento «Prácticum» fue finalista en el XXX Premio de Narración Breve de la UNED. Su segunda novela, una visión sobre la paternidad a través del mito de Frankenstein, fue finalista del XXX Premio Torrente Ballester 2018, y por ahora aguarda su momento en un cajón. La tercera novela está en proceso y pronto verá la luz.

ALBAÑIL

Siempre trabajaba con público. Cuando llegaban ya tenía los ladrillos apilados, el cemento a punto, la paleta en la mano. Le hacían una señal y comenzaba a trabajar, concentrado, sintiendo sus miradas y su silencio. El único sonido solía ser el chirrido que hacía la espátula recogiendo restos de masilla. Un ladrillo, encima otro. A veces escuchaba el viento entre los sauces o el canto de los pájaros, y siempre, siempre olía a flores. Un

ladrillo más. Nunca le dirigían la palabra, pero a su espalda escuchaba murmullos entristecidos, o a alguien que se sorbía la nariz con recato, mientras la espátula raspaba como papel de lija una y otra vez, amplificando el sonido con el eco. Otro ladrillo. Rellenaba los últimos huecos entre suspiros rompiendo un pedazo con un golpe seco y definitivo, después revestía todo de cemento y lo alisaba con cuidado pasando una esponja para eliminar los restos. Lo dejaba todo perfecto, presagiando la despedida. Y antes de irse, apesadumbrado y sin aplausos, colocaba la lápida.

Ana Vázquez Martínez (Madrid)

Soy natural de Tudela (Navarra), aunque vivo en Madrid. Me diplomé en Biblioteconomía y Documentación por la Universidad Pública de Zaragoza, y me licencié en Documentación por la Universidad Complutense de Madrid. Siempre he tenido interés por la escritura, y llevo cuatro años recibiendo clases en la Escuela de Escritores de Madrid. Además de eso, edito un blog con contenido gastronómico (www.migasenlamesa.com), que comenzó como un blog sencillo de recetas y terminó convertido en una especie de bitácora de las cosas que me ocurren en el día a día.

LA LLUVIA NO ESTÁ

Perdí la lluvia hará un par de días. He pasado la tarde sentada en el suelo, abriendo los cajones uno a uno y elaborando una lista exhaustiva de todo lo que contienen. Lo he hecho tratando de poner remedio a este hábito tan mío de perder cosas. La lluvia no estaba ahí. He encontrado una llave que acciona el desagüe de los sueños que ya no me sirven, un recuerdo de peces grandes y oscuros, y unas tijeras de podar. Busqué por los estantes de la cocina, entre las perlas y los vasos. Nada. Sí que estaba una duda antigua que seguía sin respuesta, guardada en un tarro de conservas vacío. A veces apilo la vida y me olvido de ella. Y yo busco la lluvia, y no la encuentro. Hay naranjas, cuchillos, grapadoras, ramas muertas

y promesas envejecidas. Pero la lluvia no está. Y me he quedado en el umbral de la puerta, preguntándome qué hago yo ahora con un paraguas en la mano.

RESTANTES FINALISTAS
(Por orden alfabético de apellidos)

LA MALDICIÓN DEL TITIRITERO

Victoriano Alcalde Azcune (Guipúzcoa)

Una fría mañana de diciembre encontraron muerto en su taller al viejo titiritero. El pobre anciano (nunca mejor dicho lo de *pobre*) estaba a los pies de su mesa de trabajo, desmadejado como una más de sus artesanales criaturas, con el cuerpo quebradizo y casi azul de tristeza.

Como el titiritero no tenía descendientes ni familiares cercanos, los hombres grises del ayuntamiento decidieron expropiar el ruinoso taller y deshacerse de tanto trasto viejo y tanta marioneta huérfana; a quién le iban a interesar aquellos obsoletos cachivaches en un mundo lleno de automóviles, televisores, ordenadores, teléfonos de última generación.

Entre dos operarios municipales cargaron pinochos, polichinelas, piratas corazón de palo, caperucitas valientes, brujas buenas, dragones enamorados, príncipes vagabundos y otras muchas maravillas... y se llevaron todo en un camión a un vertedero de las afueras del pueblo. Allí montaron una pira, rociaron la montaña de monigotes con gasolina y le prendieron fuego.

Aquella noche nadie pudo dormir. Los gritos provenientes de la hoguera eran horripilantes y duraron hasta el amanecer.

A partir de entonces aquel pueblo quedó maldito. Para siempre. Maldito.

RESIDENCIA DE ANCIANOS

Jorge D. Alonso Curiel (Valladolid)

—Sufriendo lo indecible por amor, mamá. Así está la abuela. Como lo oyes. Se ha vuelto completamente loca; y a sus años... No se levanta de la cama de su habitación, da pena verla, sin cambiar esa postura de costado y mirando por la ventana caer las hojas del árbol que hay enfrente y el cielo tormentoso por el que hace días que no aparece ni un rayo de sol, y echando alguna lágrima de vez en cuando. Debes venir, mamá; yo ya no sé lo que decirle, y tampoco las chicas de la residencia. Está en otro mundo. Concha, su compañera de habitación, dice que toda la culpa la tiene Juan, un muchacho moreno y muy atractivo y amable, que se encarga de la rehabilitación y de los ejercicios físicos, al que la abuela el otro día descubrió diciendo las mismas palabras tan cariñosas a otra anciana que ese mismo día acababa de ingresar, las mismas palabras y los mismos gestos que solo creía para ella...

MUDANZA

Esther Bajo (León)

Le dio una vuelta a la casa para asegurarse de que todo estaba empaquetado. «¿Habéis guardado el álbum de fotos, mis gafas de cerca, el chal de mi madre, las zapatillas de casa?». «Sí, madre, lo hemos recogido ya todo». Salió a la huerta. El corazón le latía muy deprisa y se sentó un momento en la silla, bajo la parra. Y hubiera querido preguntarles: «¿Y el olor de las manzanas en el árbol, y el tono de los brotes cuando asoman, y el sudor atrapado entre los surcos, y el canto de los ruiseñores por la noche y el nido de la cigüeña, y los besos que vuestro padre y yo nos dimos entre los cerezos... también los habéis recogido? ¡Porque a ver cómo meto yo todo eso en la habitación de la residencia!».

MURGA

Juan Martín Carniel (Buenos Aires, Argentina)

Al calor de febrero, amainado con la sombra de la noche, va avanzando sobre terreno empedrado ese ejército de colores. Acá no hay borcegos que se desentiendan de la aspereza del suelo, zapatillas de lona intentan adaptarse elásticamente a los relieves rocosos.

Uniformes emparchados de simbología variada (desde un «burrito» Ortega, hasta un par de dedos en «V» y una lengua bien extendida cubriendo el ancho de una espalda) cuelgan de esos cuerpos ágiles. A la vanguardia, diminutos soldados se desplazan al centro seguido de una extensa columna que alza trapos con el nombre de la formación.

Ya ubicados, despliegan bombos y tamboriles para aplastar el silencio que acá no tiene lugar.

La percusión mueve las piernas, que en patadas al aire despabilan el ambiente. La sincronización de los movimientos resulta hipnótica, dejando indefenso al enemigo. Acompañan muñecos enormes que con traslados torpes pero muy vivos van arrinconando a la angustia cotidiana, en

un acto expiatorio que deja vencedora a la muchedumbre.

VERANO

Eduardo Cruz Acillona (Sevilla)

Desde lo alto de la colina, mi abuelo señaló al centro del pantano. «Ahí», me dijo, «debajo de esas aguas, está la casa donde nací yo...»

Pasó el verano, regresé al colegio y el primer día el profesor de Lengua nos mandó escribir una redacción sobre lo que más nos había gustado de nuestras vacaciones. Yo la titulé «Mi abuelo es un pez».

ASCENSO

Nacho Delgado Wicke (Madrid)

Ahora ya vestido noto, bajo esta grisácea camisa recién heredada del patrón, los surcos en la espalda. Su fusta permanecerá inmortal en mi piel. Nunca solté un grito, como *ma*; nunca derramé una lágrima, como *pa*. Sobre ellos mi mirada impasible, fiel a la misión: recoger duraznos. Dedicación absoluta a la obediencia, hasta sacarle el jugo de la confianza, hasta hacerle pensar que soy más de él que de mi familia. Y entonces, la proposición. El nuevo encargado de los esclavos. Obtener un látigo. No dirigirme a la cuadra donde se hacinan. Subir a la habitación del patrón, que espera el desayuno.

PINCELADAS AL PASADO

Matilde Durán (Mataró, Barcelona)

Como tantas otras veces, la pintora se dispuso a poner una lavadora; pero, en esta ocasión, en lugar de introducir en el tambor ropa, toallas o trapos, introdujo antiguas fotografías. Seleccionó el programa de ropa delicada y anuló el centrifugado para no deteriorar el papel. Añadió detergente líquido para prendas finas y un cacito de polvo blanqueador. Pulsó el botón de inicio, se sentó ante la máquina cual plañidera se apoltrona ante un muerto y, al compás de las vueltas y como si de un funeral se tratase, fue despidiéndose de todos aquellos recuerdos que el eficaz lavado borraría de su vida.

A modo de «Amén», la pantalla luminosa indicó el final del programa. Con sumo cuidado, extrajo la colada y la tendió a secarse al sol.

Mientras tanto, se vistió su atuendo de trabajo y preparó el material necesario. Ya secos, recogió los papeles de blanco impoluto en los que se habían convertido las imágenes, los dispuso sobre la mesa de dibujo y comenzó a pintarse un nuevo pasado con el que hacer más soportable el presente.

RECUERDOS DE FICCIÓN

Carlota Fernández-Escandón Vázquez
(Gijón, Asturias)

«La edad promedio de nuestros primeros recuerdos es tres años y cuatro meses», decía internet. Promedio significa normal, me lo explicó mamá. Entonces supe que mi amiga mentía. No podía acordarse de cuándo dijo sus primeras palabras, ni de cuándo empezó a caminar, ni mucho menos de cuándo nació. Mentira cochina. «Seguramente se lo contaron sus padres y ella imaginó recordarlo», me tranquilizó mamá. «Era un bebé, es imposible acordarse. Son recuerdos de ficción». Ficción significa mentira. Le pedí a mamá que me contara historias de cuando yo era pequeña, para poder tener también recuerdos de mentira. Ella se las tuvo que inventar. Cuando yo era un bebé, todavía no nos habíamos conocido.

LA HORA DE LOS JUEGOS

Francisco José Galdón Mateo (Toledo)

Vuelve a casa borracho y es la hora de los juegos. Al escondite mi madre y yo en mi habitación. Veo Veo, a un maltratador. Suena como a las palmas cuando el puño cerrado golpea contra su cara. Todos los días las mismas palabras encadenadas: (él) pega, (él) gana, (nosotros) nada. A las canicas cuando ella cae rodando por la escalera. Mañana con el ojo morado al trabajo como la gallinita ciega. Ella y yo, como el balón, prisioneros. Machistas y retrógrados encabezan el corro de la patata: esa parte de la sociedad que todo lo ve y no hace nada. Marcando el 016 jugamos a polis y cacos, pero siempre con el mismo resultado. Y hoy por fin a la comba, rodeado el cuello del cabrón mientras duerme por una sogá, porque mi madre agotada decidió que llegó su hora.

ALMA NEGRA

Agustín García Aguado (Madrid)

Mamá dice que ya no tengo el alma blanca, que después de ahorcar al gato de don Ramón merezco un castigo ejemplar. Papá no dice nada, y más le vale, porque mantenemos un pacto de caballeros. Yo lo prefiero así, con el cuerpo atravesado por tres flechas *sioux* en su sillón de orejas, que parece un San Sebastián de iglesia como decía la abuela antes de dejarnos para siempre por culpa de unas malditas pastillas para la tos. Ahora quien más me preocupa es mi hermana. Aún la escucho maldecir dentro del armario ropero, y no puedo imaginar cuánto tiempo lleva pataleando y chupeteando naftalina como una niña consentida... Últimamente, mamá no quiere dejarme solo en casa, no se fía. Que si el gato del vecino, que si la viuda alemana del tercero izquierda. Todo le parece mal, así que he decidido hacer el petate y largarme a conocer mundo. Quizá me lleve conmigo a papá. Fue el único que me tomó en serio cuando le propuse jugar a indios y americanos, y esas complicidades son las que un hijo agradecido no olvida nunca.

LA VENDIMIA

Cristina García Pimentel (Madrid)

Reposas lánguido sobre la cama. Tu vientre plano se mece al ritmo de tu respiración, se hunde bajo tus costillas. Tu piel de aceituna absorbe la luz blanca de la mañana sobre un nido de sábanas de algodón. Todavía duermes y yo te observo gozosa desde la orilla del colchón. Abro las ventanas de par en par. El verde de las vides penetra en el dormitorio. Tus manos violáceas de la vendimia se estremecen. Huelen a rosa y a limón. Bostezas, hambriento de sueño. Me dirijo hacia los racimos de uvas que rebosan en un cesto sobre la mesa. Cojo uno y lo desgrano poco a poco. Deposito los frutos redondos sobre tu abdomen formando una hilera desde tu ombligo hasta tu pecho. Después, los sorbo uno a uno; serpenteando por tu tórax. Los frutos revientan en mi paladar con astringencia, con sabor a melocotón y moras y un guiño ácido.

Me estiro. Tu beso sabe a campo florecido. Tú me acaricias el pelo mientras te sumerges en mi mirada.

—Buenos días —saludas, todavía empapado de sueño.

APETITOS

Marcela García Robles Gil (Nuevo León, México)

Romo se cubrió la nariz. Las moscas mordisqueaban la comida descompuesta.

—No probaste bocado —dijo.

Alicia estaba hecha un ovillo. Romo se acercó, supo que lloraba por el suave temblor de sus tetas. Deseó tocarlas, pero se contuvo, ese era el trato: veinte millones de pesos a cambio de entregar a la secuestrada intacta.

Romo levantó los platos del suelo.

Las moscas volaron hacia la pared, dispuestas a esperar.

—Agua —escuchó—, quiero agua.

Romo salió. Al volver, quitó la bolsa que cubría la cabeza de Alicia, una melena rojiza cayó sobre las cordilleras acolchadas que habían parado de temblar. Entonces la vio tomar el vaso con una mano y con la otra, acercarse a su entepierna para tocarlo.

Estaba erecto.

Romo cerró los ojos. Alicia recorrió su pene subiendo y bajando, una y otra vez, hasta llevarlo al límite de un acantilado, desde el cual él se precipitaría con desesperada urgencia, incapaz de detenerse, a pesar de escuchar que el vaso se quebraba, a pesar de sentir el corte en su cuello.

Alicia lo vio desangrarse, dulce agonía.

Las moscas se acercaron. Tenían hambre.

LA PRIMERA VEZ

Bernardo I. García de la Torre (Bilbao)

Cada vez que yo entraba en su casa, mi madre me miraba a los ojos y me preguntaba por mis hijos. Hoy, sin mirarme a los ojos, me ha preguntado por mis padres.

TERREMOTO EN AI-TI

Carlos Garrido Rubio (Tres Cantos, Madrid)

¿Qué? ¿Cómo dices? *Are you sure?* ¿Un terremoto en IT? *Really? Oh, my God!* No puede ser, no *again*. Una *new* crisis en las punto com. Lo he perdido todo. Ya me lo avisaron, *be careful* con las nuevas tecnologías, pero *bussines are bussines!* ¿Qué vamos a hacer ahora? Lo hemos perdido todo. Estamos arruinados. *Totally lost...* ¿Cómo dices? ¿Que Haití es un país? Menos mal. ¿Cuántos muertos? *Oh, so terrible!* ¿Cuántos niños? Joder, qué susto. *By the way* ¿dónde coño está Haití, *darling?*

OCÉAN

Fernanda Gil García
(Azuqueca de Henares, Guadalajara)

Escucho el rugir de las olas rompiendo con violencia contra las rocas. Camino contra el viento, cauteloso, con mis pies descalzos y agrietados hacia el acantilado. Me freno en seco ante el precipicio y miro hacia abajo.

El mar se muestra inquietante, tan poderoso y sobrio como la muerte. Me siento insignificante ante su desafío. Sin embargo, me planto impasible ante él, con la insolencia del mal perdedor. Cierro mis ojos mientras la húmeda ventisca araña mi rostro y lo enfrento con el pensamiento de dar un paso más.

Comencé a perder el miedo al abismo conforme me acerqué a él. Ahora, el sonido de las olas mece mis pensamientos y el agobio que me producía el vacío poco a poco se convierte en paz.

Y es exactamente esta embriagadora sensación de calma la que hace que se repita una pregunta en mi cabeza. ¿A quién suplica Dios cuando envidia nuestra mortalidad?

LOS POSOS, AMARGOS O DULCES, DEL CAFÉ

Ana González Menéndez (Gijón, Asturias)

Saboreaba su café. Lo hacía como cualquier otra mañana, o como ninguna otra. Sin embargo, aquel día ella le observaba, sentada, a su lado, pero él no parecía advertir su presencia. Ella comenzó a abrazarle, a invadirle... Entonces él pareció sentir ese intento y, asustado, derramó sobre la mesa el café que quedaba en su taza. Desde ahí el líquido fue cayendo al suelo, gota a gota, como si cada una de esas gotas fuera una negra lágrima del alma. Miró el fondo de su taza donde sólo quedaban los posos, y esta vez sí que advirtió cómo a su lado, aún sentada junto a él, la soledad le sonreía.

SON BEGONIAS, FELIPE

Felipe-Sérvulo González Villar
(Castelldefels, Barcelona)

En una cafetería estaba repasando mi último poemario y de pronto han caído cuatro gotas. He levantado la vista y he reparado en la sencilla geometría de una ventana. En el alféizar, una maceta espectacular de flores rojas, que manos amorosas han hecho florecer.

—Begoña, ¿qué tipo de flores son?

—Son begonias, Felipe.

He sonreído y ella me ha guiñado un ojo; entonces he recordado el refrán que dice: «De la mujer que no ama las flores, no te enamores».

Pero Begoña sí que ama las flores.

Inesperadamente, me ha llegado ese enigmático olor que emana del útero de la tierra cuando llueve. Sin querer he pensando en los amigos que marcharon prematuramente: Josep Lluís, Roser, Enrique, Domingo, Montserrat... También en mi madre, que murió con 99 años. Ahora, atemperado el dolor, pienso que es una cifra bonita.

La tierra y su olor. Las begonias, la lluvia, Be-
goña, tantos ausentes me están indicando dónde
está el camino.

TORREMOLINOS, 2010

María José Guitián Vicente (Madrid)

Seguía atrapado allí dentro, cada vez más débil, contando los días, las horas, los minutos, los segundos. Sin saber qué hacer, aparte de repasar, como las cuentas de un rosario, todo lo que le había conducido sin remedio hasta ese instante: aquel apartamento de playa, la crisis y la caída de los precios; la temporada baja; su jubilación y su tiempo libre; su dichosa manía de salir a pasear sin el móvil; la maldita comunidad de vecinos, que había dejado de pagar el mantenimiento de la piscina y de los jardines y, al parecer, también el del ascensor; y su perro, ese perro pequeño y cariñoso que ya le había dado el primer mordisco.

MARIPOSA

Nuria Hernández González (Leganés, Madrid)

Diana siempre quiso moverse en todas direcciones. Atravesar descalza las aceras, arrancar a mordiscos las señales de prohibido y bailar desnuda bajo la lluvia en mitad de la calle. Por eso se sentía tan incómoda en aquel habitáculo. Estrecho, oscuro y frío. Nada que ver con la libertad de movimiento que había sentido sólo unas horas antes atravesando el aire como una mariposa. Qué rabia. Si el asfalto hubiera estado unos metros más lejos le habría dado tiempo a desplegar las alas.

LA RED

Nuria Hernández González (Leganés, Madrid)

Alguien ha empezado a tirar del hilo. Reconozco el temblor. Lo he sentido otras veces y ya sé lo que viene tras él. Por eso corro. ¡Terminarán con todo! Tengo que darme prisa y buscar un lugar donde esconderme al menos unas horas, hasta que cese el ruido.

El humo es la señal. Cuando Clara se encienda un cigarrillo y Tomás lance el trapo sobre el sofá todo habrá terminado. Yo volveré a la esquina y, como todos los sábados, reconstruiré mi telaraña.

LO QUE VI EN SUS OJOS

José Lorenzo Blanco (Salamanca)

—¡Lo hice yo! —iba decidida a gritar mientras me apresuraba escaleras abajo. Mi pierna y el hombro doloridos no me permitían ir muy deprisa. Por eso, cuando llegué, ya había varias personas junto a él.

—¡Fui yo! —estaba a punto de proclamar cuando algo removió mis entrañas y selló mis labios.

Él estaba, indudablemente, muerto. Mantenía los ojos abiertos, sin rastro de la incredulidad y el terror que percibí en su mirada cuando lo empujé al vacío. Volvían a atravesarme con la misma soberbia y el mismo desdén que habían hecho más dolorosos cada uno de sus golpes.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza para borrar esa visión. Pero al abrirlos volví a encontrarme con el desprecio y la arrogancia con que siempre me había humillado.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué ha hecho este hombre? Y ahora, ¿qué va a ser de mí?—. Lloré, pero al fin, el llanto era sosiego.

CASUALIDAD

Emilia Luna Martín (Algeciras, Cádiz)

Salí de la prisión hace sólo siete meses. He entrado en varias casas de ancianos a desvalijarles mientras dormían y no me han pillado todavía. Esta vez es distinto. Sorprendido ante la casualidad, me siento en el sofá del pequeño cuarto de estar, observo la biblioteca de madera oscura. Entre la tenue luz que derrama la farola de la calle, distingo en el tercer estante el viejo tomo de las *Catilinarias*, la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Retórica* de Cicerón. El *mono* está a punto de aparecer y los bolsillos están vacíos. Me levanto, a pesar del incipiente temblor de mis piernas, y analizo, incrédulo, la esquina de la mesa donde brilla la manivela del afilador de lápices, al lado del sillón del profesor. Aún siguen ahí mis iniciales. La casualidad tira de mi memoria y ésta del corazón. Lanzo el palo de madera a través de la ventana y huyo, a sabiendas de que dejo atrás la esperanza de unas cuantas dosis: el viejo reloj de oro Longines de mi maestro.

REGLA DE TRES

Albert Martínez Artero (Valencia)

Cuando alguien asume en público una actitud estrafalaria, se genera entre los espectadores, ahora lo sé, una potente afinidad: ellos son los «normales», los «no pintorescos» y, por tanto, comparten algo. Me atrevo a decir que esta simpatía impuesta entre los mirones es mayor, incluso, que la aversión que sienten hacia el extraño. Diré, también, que la fuerza de la ligazón que se genera entre los espectadores es directamente proporcional a la excentricidad del sujeto observado. Entenderéis, por tanto, que aquel hombre que entró en el segundo vagón de metro de la línea uno de Madrid el día dos de septiembre era tan peculiar, tanto, que la señora sentada a mi lado y yo quedamos inmediatamente enamorados.

ALGODÓN

Rodrigo Martínez Puerta (Madrid)

Papi se enfada mucho conmigo, también con Mami. Grita y es muy pegón. Una vez me dio tan fuerte que, rabioso, cogí a Señor Oso y con las tijeras del cole le rajé el buche: nubes blanquísimas, tan bonitas... Sólo dejé su piel de peluche mientras el algodón flotaba. A veces lo ponía dentro de mis orejas para no oír los gritos de Papi, en otras se lo daba a Mami para que seca-
ra sus lágrimas. Siempre había un poquito, en la Coneja Fluppy, en Mapachito, en Ana la Rana...

Un día Papi y Mami chillaban altísimo y me asusté. Me escondí bajo la cama y busqué algodón, pero nadie en mi habitación tenía más por dentro. Salí poquito a poco, no se oía nada, Papi dormía al lado de una botella vacía. ¿Y Mami? Sin ella tenía tanto miedo... Necesitaba algodón. Papi no despertaba.

En cada ronquido su tripa se hinchaba, entonces tuve una idea. Encontré lo que quería en la cocina; después fui donde Papi, me subí a su barrigota y, levantando el cuchillo, me dije:

—¿A ver tu algodón, Papi?

ANIMAL

Alberto Menéndez García (Oviedo)

Cuando era niño teníamos un enorme dálmata de porcelana en la entrada de casa. A pesar de su frialdad y de que su mirada muerta no demostraba ningún agradecimiento, mi madre pasaba los días acariciando aquella cabeza que se erguía altiva a la altura de su cadera. Yo lo odiaba porque recibía toda la atención que ella me negaba a mí. Una tarde aparté de un golpe su mano de la cabeza del perro, alcé la figura hasta que sus ojos quedaron frente a los míos y, con toda la rabia que fui capaz de proyectar, lo lancé contra el suelo. Un trozo de porcelana se clavó en mi mano, pero no lloré; sabía que nadie me consolaría. Mi madre caminó despacio hacia la despensa y volvió armada con escoba y recogedor. Observé cómo barría los pedazos y los hacía desaparecer en el fondo de una bolsa de basura. Cuando terminó, me senté en el hueco que el perro había dejado. Ella se colocó a mi lado y comenzó a acariciarme tímidamente el pelo mientras yo lamía mi pata para curarme la herida.

EL ACCIDENTE

Josep Lluís Mestres (Barcelona)

Hace una hora la policía me ha dado la noticia. El agente apenas me ha dicho una frase y me ha dado el pésame. Me he sentado en el sofá y he abierto una botella de jerez. No consigo evitar un vacío, la costumbre de tenerlo cerca, aunque fuese para llenar el comedor. Arreglaré los trámites; alguien me ayudara en el papeleo. Lo enterraré junto a su madre; según él, cocinaba mejor y le almidonaba el cuello de las camisas. Aprovecharé la tarde para sacar su ropa. La daré a la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús y me desprenderé de la colección de latas de cerveza. Las jodidas latas de cerveza siempre llenas de polvo. La pensión de viudedad es buena, me lo merezco. Primero telefonaré a su hermano y después al resto de la familia; no me olvidaré de llorar. Lloraré muchísimo.

CÓDIGO DE ARRUGAS

Julián Montesinos Ruiz (Elche, Alicante)

Leyendo el código de arrugas de tu rostro, encontré un recodo de paz donde extender mis caricias por tu piel. Justo arriba de tu ceja izquierda había una charca para abrevar mi sed de besos. Hasta llegar a la altura de tu frente despejada de vallas publicitarias y urbanizaciones tuve que dar un rodeo al pie de unas colinas plateadas, donde la carretera trazaba una leve curva en torno a tus mejillas. ¡Qué paisaje más hermoso descubrí! No sé si fue por el deshielo de la cumbre, lo cierto es que recogí una lágrima en mi mano.

Anhelaba recorrer el campo abierto de tu cuerpo para echar sobre la epidermis de la tierra una capa de saliva milenaria y tapar de paso algunos socavones de tristeza. Tuve suerte. Hice una suave maniobra de aproximación a tus labios, me detuve en las arrugas de los ojos y en el bache de una cicatriz. Luego fui desabrochando poco a poco el misterio de los ojos hasta descifrar tu código de arrugas. El viaje por aquel territorio inexplorado fue el más dulce regalo compartido.

PLAÑIDERAS DE LEYENDA

Rafael Olivares (Sant Joan, Alicante)

Samira Nadim se inició en el lloro a edad muy temprana. Quizá fue con una furtiva lágrima. Lo hacía siempre con sentimiento. Tanto que quienes estaban cerca no podían evitar compartir su duelo, aunque no conocieran el motivo. Poco a poco fue incorporando a su llanto hipidos, sollozos, suspiros y gemidos. Y, para casos especiales, incluso el crujir de dientes. Cuidando siempre modulación, cadencia y armonía, y adecuándolos a las circunstancias del finado. No era lo mismo un funeral por un niño fallecido en accidente que el de un nonagenario tras penosa y larga enfermedad. Sabía graduar tonos agudos y bajos en función de la personalidad del difunto. No había velatorio de postín que se preciara al que no fuera llamada. En su entierro, sin embargo, no hubo lágrimas, a pesar de que era muy apreciada y querida. Nadie habría podido soportar la comparación.

LA FLOR

Pablo Palacin Pi (Zaragoza)

Ayana correteaba alrededor de su madre de camino al pozo donde, como todas las mañanas, rellenarían las vasijas de agua fresca.

—¡No te salgas del sendero! —era la constante cantinela de mamá, y Ayana sabía que a mamá había que hacerle caso siempre, sobre todo en una tierra de guerras endémicas.

Pero aquella flor debía de haber brotado durante la noche, porque no recordaba haberla visto los días anteriores. Y era tan bella, y se mecía con tanta gracia a merced de la brisa, que hubiera sido una descortesía no hacerle una visita. Así que, antes de que ninguno de los adultos pudiera detenerla, la niña se internó en el campo para rendir pleitesía a aquella maravilla de la naturaleza.

Cuando escuchó el fatídico clic bajo los pies de Ayana, la madre intentó sustituir el *vuelve aquí* por *no te muevas...* Pero ya era tarde.

Y aquella flor traicionera vio salpicada su belleza por una lluvia carmesí antes de que la onda expansiva le arrancara también a ella la vida.

ELOGIO DE LA MISANTROPÍA

Miguel Paz Cabanas (León)

Con el paso de los años, gradual pero inexorablemente, se fue inclinando hacia una soledad que ardía de pureza, una emoción que no podía describir en forma de acuarelas o versos, y que ningún ser humano había experimentado hasta entonces. Un domingo, mientras el crepúsculo se insinuaba en la terraza como un delirio, sintió una revelación súbita y, tras mirarse en el espejo de la sala, pensó: «Aquí hay demasiada gente».

AMOR

Rubén Rey Menéndez (Oviedo)

Lo primero que me sorprendió del apartamento al que me había mudado fue cruzarme por la escalera con el vecino de la buhardilla. Era un anciano enjuto que se deslizaba por los peldaños con una agilidad insólita. Buenos días, decía sin detenerse. El ascensor del viejo edificio era diminuto, cierto, pero el hombre nunca llevaba más que un par de bolsas y un sombrero de mujer. Como si se tratase de un ritual, cada día llegaba con la austera compra, la colocaba junto a la pamelita y enviaba todo hacia la última planta. Se encaminaba entonces a toda prisa en una absurda competición con la máquina. Al principio creía que se trataba de mera claustrofobia. Lo descarté cuando un trámite nos hizo coincidir en el ascensor de la oficina municipal. Luego pensé que sería su forma de obligarse a realizar un mínimo ejercicio físico. Fue su hija, a quien conocí tiempo después, la que me sacó del engaño. Ese sombrero era de mi madre y él siempre la esperaba arriba. Dice que, al abrir y ver la pamelita, por un instante, la siente consigo.

EL ARREBATO

Alberto Rodríguez Guerrero (Santoña, Cantabria)

Los niños ya estaban dormidos, ocho minutos más tarde de lo previsto. Yo puse las lentejas a guisar, contesté algunos correos y limpié el cuarto de baño. Ella recogió los cacharros de la cena, ordenó los papeles del trabajo y planchó una montaña de camisetas y calzoncillos. Apenas quedaba media hora de martes cuando nos encontramos en el sofá, dispuestos a compartir nuestros veinte minutos diarios de televisión. Entonces, el leve e involuntario roce de nuestras manos desencadenó un arrebató inesperado. Sus dedos se deslizaron con deseo bajo mi pantalón de chándal desteñido. Mis labios buscaron su piel, blindada por el pijama de felpa. Los dos nos dejamos llevar durante un tiempo desmedido por una ola de desbordante pasión sobre la alfombra del salón. Solo cuando recuperamos el aliento, percibimos el olor. Al día siguiente, yo llevé la olla al punto limpio, ella pidió por teléfono dos *pizzas* familiares, y los dos, mientras los niños festejaban el improvisado festín, comimos masticando la certeza de que, tal y como estaba programado, los momentos de placer volverían a quedar restringidos a los fines de semana.

TARDE DE TORMENTA

Patricia Ruiz Moreno (Lliçà de Vall, Barcelona)

Prominentes como el mástil más alto, las olas se convierten en nuestro cielo; son mantos revoltosos que nos quieren arrastrar hasta el océano más profundo. Vencedoras del mar quebrado, la pequeña grumete y yo conseguimos mantenernos en la embarcación que, robusta y poderosa en la calma, se tambalea y cruje como el cartón en la tormenta.

Orgullosas de nuestro trabajo en equipo, devoramos la cena y nos preparamos para un nuevo día de aventuras. —Nadie dijo que ser pirata fuese tarea fácil —le digo a la también exhausta aprendiz.

Es de noche y las dos hermanas duermen. Mientras, sus padres comentan con incredulidad cómo una caja de cartón y una sábana vieja han podido salvar una tarde de tormenta.

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE NO SER

Esteban Torres Sagra (Úbeda, Jaén)

Huele a sudor rancio, a tabaco rancio, a escupitajo lento.

Ellos están platicando como cada noche, en el bar mugroso.

Mi padre dice, elevando la voz para que se le oiga bien en todo el local: «Todas las noches la violo y siempre llora, la muy zorra, por eso tengo que zurrarle siempre, a ella y al mocoso...».

Sus amigos asienten y se carcajean al oírlo y luego cuentan barbaridades parecidas, y así hasta que la explosión hace estallar la cristalera y se escapa el olor a carne quemada.

Las ambulancias ponen banda sonora a la hecatombe y yo, que lo he presenciado todo, corro desde la otra acera gritando, con lágrimas en los ojos: «¡papá, papá!», mientras aprieto con una mano, hasta arrugarla, una foto de mi madre y me sacudo para siempre el olor a tabaco rancio, a sudor rancio, a escupitajo lento.

Con la otra mano arrojo a la papelera el detonador.

Quién va a sospechar de un mocoso como yo que llora tanto.

BASES VIII CONCURSO DE MICRORRELATOS

“MANUEL J. PELÁEZ”

- 1.- Podrá participar cualquier persona, presentando un máximo de dos microrrelatos, originales e inéditos.
- 2.- El texto será de tema libre, escrito en castellano y con una extensión mínima de 9 palabras y una extensión máxima de 186 palabras, incluyendo las del título.
- 3.- Cada participante enviará UN solo correo electrónico, con dos archivos: uno con el/los texto/s y otro con la plica (nombre y apellidos, dirección postal completa y teléfono) a premiomicrorelato@colectivo-manueljpelaez.org. Los textos se presentarán en archivos WORD exclusivamente, con el título en negrita encabezando el texto. En la casilla «Asunto» deberá aparecer el título de los textos presentados. La recepción de textos comienza el 1 de enero y termina el día 28 de febrero de 2020.
- 4.- Habrá un único premio en metálico de 1.200 euros para el microrrelato ganador. Además del premio en metálico, el texto ganador será publicado, junto a los considerados finalistas, en una antología de edición no venal.
- 5.- El jurado estará compuesto por siete miembros. Su presidenta será María del Carmen Rodríguez del Río. El fallo, que se hará público el 14 de mayo de 2020 en la web y las redes sociales del CMJP y redes sociales, será inapelable.

6.- El premio será entregado el 14 de junio de 2020, en acto público que se celebrará en Zafra (Badajoz). La persona ganadora deberá asistir para hacerse acreedora al premio.

7.- La participación supone la aceptación de todas las bases.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
MICRORRELATO GANADOR	
Margarita del Brezo	15
PRIMEROS FINALISTAS	
César A. García Beceiro	21
Esther Gómez Babin	23
Aman L. Lordén	25
María de la O Martínez Morales	27
Juan de Molina	29
José Luis Rodríguez Munilla	31
María Rodríguez Pérez	33
Ana Vázquez Martínez	35
RESTANTES FINALISTAS	
Victoriano Alcalde Azcune	39
Jorge D. Alonso Curiel	41
Esther Bajo	42
Juan Martín Carniel	43
Eduardo Cruz Acillona	45
Nacho delgado Wicke	46
Matilde Durán	47
Carlota Fernández-Escandón Vázquez	48
Francisco José Galdón Mateo	49
Agustín García Aguado	50

Cristina García Pimentel	51
Marcela García Robles Gil	52
Bernardo I. García de la Torre	54
Carlos Garrido Rubio	55
Fernanda Gil García	56
Ana González Menéndez	57
Felipe-Sérvulo González Villar	58
María José Guitián Vicente	60
Nuria Hernández González	61
Nuria Hernández González	62
José Lorenzo Blanco	63
Emilia Luna Martín	64
Albert Martínez Artero	65
Rodrigo Martínez Puerta	66
Alberto Menéndez García	67
Josep Lluís Mestres	68
Julián Montesinos Ruiz	69
Rafael Olivares	70
Pablo Palacin Pi	71
Miguel Paz Cabanas	72
Rubén Rey Menéndez	73
Alberto Rodríguez Guerrero	74
Patricia Ruiz Moreno	75
Esteban Torres Sagra	76
BASES DEL PREMIO	79

Este librito recoge el texto ganador y los cuarenta y dos finalistas del VIII Premio de microrrelatos «Manuel J. Peláez», organizado por el Colectivo Manuel J. Peláez, una asociación constituida en Zafra en el año 2010 con el fin de contribuir a la participación ciudadana y al desarrollo cultural. Se honra en llevar el nombre de Manuel Peláez García, zafrense de 1952, profesor e historiador, hombre de la cultura que hizo de la tolerancia y de la alegría su razón de vida.

El premio de microrrelatos se convoca desde el año 2013. En las ocho ediciones celebradas las escritoras y los escritores que han obtenido el galardón han sido:

2013: «Última duda» de Isabel Urueña (Madrid)

2014: «Reconocimiento» de Ángel Pontones (Valencia)

2015: «El timo» de Diego Rinoski (Madrid)

2016: «Indigestión» de Eva Limendoux Torres (Madrid)

2017: «Rugido» de Francisco Germán Vayón Ramírez (Sevilla)

*2018: «Agujeros negros» de Alberto Rodríguez Guerrero
(Santoña, Cantabria)*

2019: «Vencido» de Pilar Alejos Martínez (Quart de Poblet, Valencia)

2020: «Sin palabras» de Margarita del Brezo (Ceuta)

Dos mil doscientos cincuenta y seis textos se han recibido en esta edición, enviados desde todas las regiones de España y de muchos países del mundo. La experiencia de este premio, que es cofinanciado en los últimos dos años por la Diputación de Badajoz, es masiva y de calidad.

